El último escritor //Pa

Ya la tarde estaba casi en su final. Caía el sol por encima de las casas de la ciudad de Granada y parecía irse acostando al fondo de la vega. Por eso, sobre la dorada Torre de la Vela y las murallas que por este lado rodean a los palacios de la Alhambra, los rayos del último sol del día, parecían prender fuego a estos rincones. Vino a su mente, no sabía por qué razón, los días de la Navidad. Por estas fechas, final del otoño y primeros días del invierno, este rincón de Granada, es mágico. El bosque que desde lo alto de la colina cae para el río Darro, se viste de colores muy bellos: amarillos suaves, añiles añejos, ocres naranjas, rojos sangre, paja vieja y madera seca. Un escenario muy romántico, íntimo y misterioso que encoge el corazón y eleva el alma. Muchas, muchas veces, el hombre de la mochila, al pasar por aquí y contemplar estos paisajes, ha experimentado sentimientos tristes, nostálgicos, alegres, amargos, dolorosos...

Algo así como si de pronto echara de menos a personas bellas, buenas y muy queridas y que ya jamás compartirá nada con ellas. Siempre se dice: "Misterios del alma, de la vida y del universo que golpean en el corazón y nos llevan como de la mano a desconocidos mundos de los cuales no volveremos". Y quizá por esto, cuando ahora esta tarde mira para esta umbría de la Alhambra mientras avanza hacia Plaza Nueva, a su mente acuden las escenas. Le contaron un día que vivía entre los árboles de esta umbría que desde la Alhambra caen para el río Darro. Solo, sin más pertenencias que una cueva que casi nunca nadie veía pero que desde su puerta, se dominaba muy bien el río Darro, el barrio del Albaicín, la ciudad de Granada y la amplia Vega. Por eso, en este lugar él se situaba cada tarde y mientras contemplaba las puestas del sol y los paisajes iluminados por los dorados rayos, escribía. Poemas muy sentidos y bellos, relatos cortos de personas buenas por estos lugares y alguna novela breve.

Soñaba el hombre en que algún día, personas inteligentes y cultas, leyeran las cosas que escribía y las encontraran valiosas. Y soñaba que alguna de estas personas recogieran sus escritos y los publicara. Pensaba él que de esta manera, en algún momento sería famoso y ganaría dinero. De aquí que, con el mayor cariño, guardara en su cueva todo lo que escribía. En pequeños trozos de papel que por aquí y por allá iba encontrando. En estos papeles, también de calidades distintas y tonos diferentes, garabateaba con ánimo y gran ilusión, y dejaba plasmados los mil sueños de su corazón y alma. Y para de alguna manera encontrar consuelo y animarse, con frecuencia se decía: "Si al final me muero y nadie en este mundo ha valorado ni apreciado como se merece esta obra mía, tampoco me importa mucho. Cuando escribo y en cada momento dejo lo que soy, siento y sueño en estos escritos míos, he sido y soy sincero y he compartido, para la humanidad entera y para todas las épocas, mi visión de este mundo, lugares, paisajes y personas. Al menos, de esta manera, mi yo más real y profundo, queda patente para todo aquel que un día pueda o quiera leerme".

De esta forma pensaba el solitario y extraño hombre de la cueva y esperaba. Pasaban los días, los meses, los años. Iba envejeciendo y, tanto en su cara como es su pelo y cuerpo entero, aparecían y aumentaban, las arrugas, las canas, las manchas negras, los dolores en pies y manos y el cansancio en su espíritu. Algunas tardes, como en un intento de dar a conocer a las personas, las cosas que escribía, salía de su cueva. Por una estrecha senda, recorría la umbría y bajaba hasta las aguas del río Darro. Cruzaba este cauce y a los turistas que encontraba por la Carrera del Darro, Plaza Nueva y el Paseo de los Tristes, les ofrecía trozos de papeles con las cosas que escribía. Y al darles estos papeles, muy amablemente les decía:
- Ahora que llega la Navidad, además de buenas comidas, dulces y regalos, a lo mejor te apetece leer algunas de las cosas que escribo.
- ¿Y qué es lo que escribes?
Le preguntaban algunos.
- Lo que en mis momentos de soledad, cuando la lluvia cae, susurra el viento o el silencio de la noche se camufla por entre los árboles, mi corazón siente y mi alma sueña y espera.
- Si lo que en estos papeles tienes escrito es lo que me acabas de revelar, te digo que será todo una gran cursilería. Son millones en este mundo las personas que hacen lo mismo que tú. No me interesan las cosas que regalas.

Aturdido un poco y bastante decepcionado, el hombre intentaba explicar:
- Pero esto que yo tengo escrito aquí es muy diferente a lo que han escrito otros. Es mi visión particular de la naturaleza que me rodea, de este mundo y las personas que lo habitan y, sobre todo, del gran misterio que es la vida, la muerte y lo que encontraremos cuando a cada uno de nosotros, se nos acabe la vida en este suelo.
- ¿Pero es que no sabes tú que de esto que me hablas, ya escribieron y reflexionaron muchas otras personas a lo largo de los tiempos?
- Lo sé pero le digo que lo que yo escribo es diferente.
- ¿Porque lo escribes tú?

Y a preguntas como ésta, el hombre se encontraba sin argumentos. No vencido ni desorientado y por eso, seguía repartiendo sus escritos por la Carrera del Darro y Paseo de los Tristes. Y como muy pocas personas aceptaban el regalo que les hacía, se le ocurrió algo muy original. En un lugar concreto, por donde pasaban turistas, gente joven y estudiantes, dejaba estos escritos. En un sitio muy especial donde las personas lo vieran pero, al mismo tiempo, donde el viento no se llevara el papel escrito ni la lluvia lo mojara, en caso de que ésta cayera. Siempre que por estos rincones dejaba algún papel con sus cosas escritas, imaginaba que algún día podría ocurrir un milagro. Pensaba que alguna persona importante, culta e inteligente, podría encontrarse con estos relatos suyos y, al leerlos, quedaría sorprendido por su belleza y originalidad.

Un día frío y gris ya muy próximo a la Navidad, recibió una visita en su covacha. Estaba el hombre sentado en la puerta de esta vivienda por debajo de la Alhambra, en la umbría del río Darro y frente a Granada y contemplaba meditando la puesta del sol y los paisajes. Se lamentaba que después de tantos años dejando escritos sus sueños, nadie en este mundo lo apreciara. Que ni siquiera una persona le hubiera ponderado los escritos o se hubiera interesado por ellos. Y se lamentaba también que el tiempo ya lo tuviera tan envejecido y quebrado. Reflexionaba: "Cualquier día de estos me muero, como cualquier otra persona y desaparezco de aquí para siempre. ¿Qué habré dejado y para qué habrá servido mi vida?”

Y al mirar para el río vio por la senda a un hombre que venía derecho a su cueva. Se quedó quieto tal como estaba y esperó. Solo medio minuto tardó el hombre en encajarse en la puerta de la cueva. Saludó al que parecía estar esperándole y sin más le dijo:
- Aquí lo traigo.
Muy interesado, el hombre de la cueva le preguntó:
-¿Qué es lo que traes?
De un zurrón de cuero que transportaba en sus espaldas, sacó un libro bastante grande, se lo mostró al hombre al tiempo que le aclaraba:
- Este es el libro que tantas veces has soñado. Tu libro, tu obra personal.
- ¿Y de dónde has sacado usted este libro que dice es mío?
- De lo que tú, a lo largo del tiempo, has ido escribiendo. Cada papel escrito que fuiste dejando por el Paseo de los Tristes y Carrera del río Darro, yo lo fui recogiendo. Porque me parecía muy valioso todo lo que en estos papeles has dejado plasmado. Sin que lo supieras, te empecé a considerar persona importante y muy valiosa y por eso hoy aquí te entrego tu libro. Y te anuncio que, no dentro de mucho, vas a ser conocido y apreciado en casi todo el mundo. Lo que escribes es muy bueno porque recoges en ello sensaciones y pensamientos valiosos y profundos.

Expectante y sin pronunciar palabra, se mantenía el hombre de la cueva. Dejó que el que había llegado le mostrase el libro que, según lo iba colocando ante sus ojos, le parecía más y más hermoso. De unos cinco centímetros de grueso, papel color canela, tapas brillantes y de color acaramelado fundiéndose casi con las murallas de la Alhambra y con unas imágenes muy singulares en la portada. El hombre de la cueva preguntó al que le mostraba el libro:
- ¿Y por qué ha hecho usted esto por mí sin conocerme de nada?
- Te conozco de mucho aunque tú no lo sepas ni nunca me hayas visto. Y ya te lo he dicho hace un momento: son muy buenas todas las cosas que escribes.
- Pero con este libro ¿qué hago yo ahora?
- Quédatelo aquí en tu cueva contigo y disfruta de tu obra. No dentro de mucho, ocurrirá algo muy curioso y bello.
Rápido el hombre de la cueva preguntó al que le mostraba el libro, qué iba a ocurrir. Y éste le respondió:
- Por ahora, no puedo decirte nada más. Pero te repito, todas tus letras, tienen mucho valor y por eso deben conservarse y conocerse.

Poco después, el hombre del libro, bajaba por las sendas de la umbría y se perdía por las calles de Granada. Desde su cueva, el hombre de los escritos, contempló el panorama durante un rato y luego observó el libro una vez y otra. Y tan contento estaba que en varios momentos, según la noche iba avanzando, mostró el libro a la ciudad de Granada. Colocado en la explanada que en la puerta de la cueva se extendía en forma de pequeño mirador, alzaba en sus manos el libro a toda la ciudad de de Granada, al barrio del Albaicín y Alhambra y decía: "Ya veis como mis sueños no me engañaban. Aquí tenéis las pruebas. Todo lo que he escrito a lo largo de mi vida, tiene gran valor y sirve de mucho a las personas que pueblan el mundo".

Como en una especie de estantería, labrada en una de las paredes de la cueva, el hombre colocó al final el libro. Frente a la rústica cama de monte donde cada noche dormía. Se acostó en esta cama y mientras esperaba que el sueño lo venciera, rumió en silencio en su alma: "Mañana en cuanto salga el sol, voy a coger este libro y, con él en mis manos, me voy a ir por las calles de Granada. Con respeto, se lo voy a mostrar a cada persona que por la calle me encuentre. Con el único deseo

de que todos lo conozcan a ver si se animan y leen lo que escribo. Que comprueben las personas que los que somos pobres y carecemos de casa y amigos, también llevamos cosas buenas en el alma y corazón. Y que sepan que estas cosas buenas, tienen un valor por encima de todo. Porque es lo único que de los humanos queda para siempre aquí en el suelo y en ese lugar que llamamos cielo y eternidad".

Con estos pensamientos el hombre de la cueva, se quedó dormido. En la rústica cama de monte y con su cara hacia el libro que había colocado en la estantería de la pared de la cueva. El airecillo que penetraba por la cavidad, era frío como la escarcha. Y según fue avanzando la noche, este airecillo y el ambiente en general, se tornaba más y más frío. En el cielo se acumulaban las nubes y sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía en grandes remolinos. Comenzó a derramarse también nieve, por las laderas de los montes a los lados del río Genil, por los cerros cercanos a la Alhambra y luego, sobre las torres y murallas de este monumento. Los bosques de la umbría del Generalife y por donde el hombre tenía su cueva, la nieve también se fue acumulando. En tanta cantidad que al amanecer, no se veía por estos paisajes nada más que una densa y ancha capa blanca.

Por eso en cuanto el sol se alzó un poco, muchas personas comenzaron a llenar la calle Carrera del Darro, Plaza Nueva, el Paseo de los Tristes, el Mirador de San Nicolás y todos los rincones y placetas del barrio del Albaicín. Entusiasmados, los mayores comentaban:
- Nunca, a lo largo de toda nuestra vida, hemos conocido aquí en Granada una nevada tan grande como ésta.
- Eso que dices, es totalmente cierto.
Y los niños y jóvenes, entusiasmados no solo por la gran capa de blanca limpia de nieve, sino también por ser un día tan especial, corriendo de acá para allá, entre ellos comentaban:
- Hagamos fotos con la Alhambra de fondo cubierta de nieve. Es histórica esta nevada en estos paisajes, monumentos y barrio del Albaicín.
- Sí, hagamos fotos y fabriquemos un bonito muñeco de nieve en las placetas del Albaicín y frente a la Alhambra.

En la ladera de la cueva del hombre de los escritos, todo parecía dormir. Blanco puro se veía el paisaje, sumido en una quietud profunda y como sí este denso bosque en la umbría, en estos momentos no existiera. Tampoco parecía existir ni moverse por aquí ningún ser humano ni se veían las históricas acequias que desde tiempos muy lejanos surcan estás laderas. Solo algún mirlo negro, se veía de vez en cuando revoloteando por los paisajes y de un lado para otro. Pero en esta misma ladera de la cueva del escritor ya bastante cerca del río Darro, sí se veían las chimeneas de las casas que por aquí hay, expulsando blancos chorros de humo. Los tejados aparecían por completo cubiertos por la densa capa de nieve y lo mismo la torre de la iglesia de Santa Ana y edificios que por este rincón se alzan.

En la explanada de la puerta de la cueva del escritor solitario, la nieve era tanta que todo parecía pura ladera cayendo desde la Alhambra hacia el río. Ninguna presencia humana se percibía por aquí. Todo se mostraba con una quietud que asombraba, arropada por la serenidad y el silencio. Y claro que tampoco nadie ni por el barrio del Albaicín que mira de frente a la ladera que cae desde la Alhambra ni por Plaza Nueva o Carrera del Darro, se preguntaban por el escritor de la cueva. Todo, como si la vida, el mundo y el tiempo, fueran ajenos por completo a esta persona y a su presencia por el lugar.

Avanzó el día, en el cielo las nubes se abrieron, el sol aparecía de vez en cuando y comenzó a calentar. No mucho pero si lo suficiente como para que la nieve caída la noche última, comenzara a derretirse. Los bosques empezaron a mostrar el verde de sus hojas o el color de las ramas y tronco desnudo en los árboles. Nadie se preguntaba, porque nadie tenía noticias de él, por el escritor de la cueva. Tampoco nadie echaba de menos ni percibía la cueva donde este hombre se refugiaba. Pero lo cierto fue que según la nieve iba desapareciendo de los paisajes por esta ladera de la Alhambra, ninguna señal de esta cueva se veía. Tampoco se percibía por aquí la presencia del hombre escritor y menos, algún resto de su libro o escritos. Todo, como si la fría nieve caída por la noche, la oscuridad de esta misma noche, ayudado por el tiempo, el frío y el silencio, hubieran borrado por el lugar toda señal de este hombre, sus escritos y cueva.

Pero el hombre que, el día anterior a la gran nevada, compartió el libro con el escritor desconocido, sí se interesó por lo que en la ladera, el nuevo día mostraba. Desde donde hoy se ubica Plaza Nueva, miraba para el lugar de la cueva del escritor y se decía: “Tengo que subir cuanto antes para ver lo que por ahí ha pasado esta noche. Necesito encontrarme con él, compartir lo que le dejé dicho y permitir que hable y me cuente los mil secretos, historias y vivencias hermosas que en el corazón de su alma conserva”. Subió el hombre aquel mismo día al caer la tarde, hasta el lugar de la cueva del escritor. Encontró a esta cueva casi por completo hundida y también

casi por completo, tapada la entrada. Por un pequeño agujero que aun quedaba en uno de los lados de la entrada, pudo pasar al interior de la cueva.

Llamó y buscó al escritor y ni lo oyó ni lo vio. Sí en un rincón de la parte más profunda de la cavidad, encontró una gran cantidad de hojas escritas. Rescató todas las que pudo y luego buscó el libro que él mismo había traído el día anterior. No lo encontró ni otras cosas. Salió fuera de lo que quedaba de cueva, con una muy buena cantidad de hojas escritas y se paró un momento en la explanada que al escritor servía de mirador. Se puso a hojear muy por encima, los escritos que había en todos estos papeles, mientras miraba para la ciudad de Granada y en su corazón se decía: "Voy a poner todo mi empeño, fuerza y dinero, en procurar que estos escritos no se pierdan nunca. Como homenaje al extraño y buen hombre que ha realizado este trabajo. Pero ¿Qué le habrá pasado y a dónde se habrá ido esta noche?"

Y justo cuando se hacía esta pregunta, sintió un fuerte y extraño ruido. Miró para atrás y descubrió como la tierra de la ladera se le venía encima. Una gran porción de terreno que desde casi las murallas de la Alhambra, se desmoronaba hacia la cueva y la explanada donde este hombre se encontraba. Por completo asustado, quiso huir pero no tuvo tiempo. Su reacción fue rápida pero la avalancha de tierra, árboles y plantas bajas, se desplomó con la velocidad de un rayo. En solo unos segundos, la cueva, explanada y a un lado y otro, quedó por completo sepultado. También bajo esta porción de tierra, piedras y vegetación, quedó enterrado el hombre amigo del escritor, con los papeles de éste.

Algunas personas en la ciudad y barrio del Albaicín, observaron el fenómeno y también otras personas desde la Alhambra. Muy pocos dieron importancia a este incidente y nadie, absolutamente nadie pensó o se preocupó por el escritor y su amigo. El sol, aquel día, unas horas después, se ocultó. La nieve continuó derritiéndose, el cielo se despejó por la noche y al día siguiente, hasta cantaban los mirlos y ruiseñores por las laderas de la cueva del escritor. Continuó avanzando el tiempo y no muchos días después, se presentó la primavera. Por estas laderas y bosques, las plantas se llenaron de mil tonos y verdes purísimos, matizados por los colores de flores silvestres y amapolas. Nadie echaba de menos ni sabían de la cueva en la ladera ni de los dos hombres que habían quedado enterrados días atrás.

Y pasado el tiempo, un día, a un grupo de jóvenes granadinos, se les ocurrió algo que decían era fantástico: crear un museo por estos lugares del río Darro, Sacromonte y laderas frente a la colina de la Alhambra.
- ¿Qué nombre pondremos a este museo nuestro tan particular?
Se preguntaban ellos entre sí.
- Podríamos llamarle "Museo de las cuevas", "Viviendas de los marginados", "Espacio troglodita", "Lugares históricos junto a la Alhambra" o "La otra cara de Granada".
Expresaba otro de los jóvenes que formaban el grupo. El que se había erigido jefe, preguntaba una vez y otra:
-¿Y qué es lo que mostraremos en este museo?
- Pues eso lo tenemos claro: la vida, oficios y costumbres de las personas que en las cuevas de estos lugares han vivido.

Se esforzaron ellos con mucha ilusión en realizar y poner en marcha este proyecto. Por eso, durante un buen tiempo, estudiaron libros, investigaron en documentos, recorrieron los lugares de las cuevas y preguntaron a las personas mayores. Luego, buscaron un lugar donde ubicar el museo de sus ilusiones y al final, lograron materializar el proyecto. Tan espectacular como lo habían imaginado, muy repleto de objetos e historias interesantes según decían ellos, pero donde no aparecía por ningún lugar el escritor, su cueva y el hombre amigo. Ni siquiera una breve referencia ni la más leve señal de la cueva del escritor, su vida y sus escritos.

Hoy en día, en un lugar muy singular de las laderas frente a la Alhambra y cerca del río Darro, se puede ver y recorrer este museo. Donde sí es cierto que se recoge la vida, costumbres, oficios y otras realidades, de las personas que a lo largo del tiempo han ocupado muchas de las cuevas que por aquí hubo y hay. Pero ni en las singulares salas de este museo ni los jóvenes que lo gestionan y otras personas mayores en la Alhambra, Sacromonte y Albaicín, dicen ni se saben nada del escritor de la cueva ni de su amigo.

El hombre de la mochila, cuando en su lento paseo en busca de la joven desconocida, se acerca a Plaza Nueva, rememora esta historia. Mira, a ratos, para la ladera donde sabe estuvo la cueva del escritor y al reflexionar las cosas, se dice: "La vida de este hombre, sus escritos y hechos, muy similar a la de otras muchas personas. Puso todo su esfuerzo e ilusión, en hacer realidad el sueño que en su alma palpitaba. Como tantas y tantas personas a lo largo de la historia y hasta el final de los tiempos. Lo que indica que al final, lo único que de cada uno de nosotros vale de verdad, es el cariño y el trato amable y sincero que regalemos a las cosas y personas. Tesoro este auténtico que abre las puertas de la eternidad y nos encaja en el paraíso que ahí Dios nos tiene reservado".